

Detrás de los tres millones

La población uruguaya luego del Censo 2011

¿Qué sabemos realmente sobre la población uruguaya? Más allá de los titulares y comentarios generados en torno al operativo censal, la dinámica demográfica de nuestro país ha recibido especial atención en los últimos años, generando debate sobre temas históricamente soslayados por las élites y poco tratados por los uruguayos en general. Terminado el censo, los datos oficiales permiten profundizar en el análisis de los cambios y continuidades de la población uruguaya, así como proyectar su probable evolución. A esa tarea está dirigida esta publicación del Programa de Población (UDELAR) y Brecha.

¿Es cierto que si no tenemos más hijos podemos desaparecer?
¿Están realmente retornando oleadas de uruguayos o son casos aislados?
¿Recibiremos enormes cantidades de inmigrantes andinos o asiáticos?
¿Qué pasa si el campo se queda definitivamente sin gente?
¿Acaso ninguna pareja pasará nunca más por el Registro Civil en este país?
Este libro presenta una serie de artículos realizados por investigadores del Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales y publicados en el semanario Brecha entre el 24 de agosto y el 12 de octubre de 2012. La idea era interpretar, valorar y someter a debate las principales tendencias de nuestra población a la luz de los flamantes datos de los censos 2011. En otras palabras conocer qué está pasando con la fecundidad, la migración, el envejecimiento demográfico, los tipos de familia y la distribución territorial de nuestra gente y analizar por qué debiera importarnos. El horizonte final es el de comprender hacia dónde va la población uruguaya, incorporar las tendencias demográficas a la búsqueda del desarrollo de nuestro país y asegurar información para el ejercicio pleno de los derechos de todos sus habitantes.

Detrás de los tres millones La población uruguaya luego del Censo 2011



“Los uruguayos se extinguen”
(United Press International, 23 de noviembre de 2011)

“Ahí yo me pregunto / yo mismo,
propio / Si no seremos Tokio, Beijing
o Bangladesh / Y sin embargo el censo,
qué denso, qué denso / nos dio los tres
millones / que acostumbramos ser”
(Murga Curtidores de Hongos, 2012)

Julieta Bengochea / Wanda Cabella / Juan José Calvo
Mariana Fernández Soto / Martín Koolhaas / Mathías Nathan
Ignacio Pardo / Adela Pellegrino / Carmen Varela

Detrás de los tres millones
La población uruguaya
luego del censo 2011



Daniel Erosa / Ignacio Pardo

Quizás haya sido el censo más comentado de la historia de los censos. Pero no sólo por sus datos –fundamentales para el gobierno, la economía, la academia y la sociedad uruguaya–, sino por el tiempo que insumió su realización, por algunos errores de cálculo en el manejo de los recursos humanos que dificultaron la tarea y por efecto del deporte nacional de bajar a la arena de la politización cualquier tema. Con el cambio de censo de hecho a censo de derecho, “el día del censo” pasó a ser el mes y luego, tras la extensión en la recogida de datos, los meses del censo. Superados todos los avatares y polémicas, se pudo conocer mejor la sociedad uruguaya de principios del siglo XXI. ¿Es cierto, entonces, que si no tenemos más hijos podemos desaparecer? ¿Están realmente retornando oleadas de uruguayos al país o son casos aislados? ¿Recibiremos enormes cantidades de inmigrantes andinos o asiáticos? ¿Qué pasa si el campo se queda definitivamente sin gente? ¿Acaso ninguna pareja pasará nunca más por el Registro Civil en este país?

Así, abundó el debate público sobre los patrones de fecundidad, migración y distribución territorial de nuestra población. El apasionado opinante anónimo tuvo cosas que decir sobre la demografía uruguaya. Pero también el propio presidente José Mujica –que puso el tema en la mesa una y otra vez–, pendulando entre propuestas concretas y comentarios al paso, opinó sobre envejecimiento demográfico, baja fecundidad, el perfil deseable de los posibles inmigrantes y los usos y costumbres que se extinguirían de vaciarse de gente el ámbito rural. Este estado de debate, esa afición por los datos duros de la población, constituye una rareza en la historia reciente. Durante la mayor parte del siglo XX la cuestión demográfica no había sido un problema para Uruguay, que no tuvo nada parecido a un censo de población entre 1908 y 1963.

Afortunadamente, el acicate para que la demografía fuese un tema de preocupación no estuvo dado sólo por la polémica tras los

problemas de implementación del operativo censal. La preocupación de mediano y largo plazo por las posibilidades del país de dar un salto cualitativo en términos de desarrollo, luego de más de un lustro de crecimiento económico, fue un eje alrededor del cual se ordenaron las discusiones sobre nuestras tendencias poblacionales. Ya habían retrocedido las dudas que a existieron sobre la viabilidad de Uruguay. Y creció el interés por conocernos más.

Los artículos que aquí se presentan fueron publicados en Brecha entre el 24 de agosto y el 12 de octubre de 2012. Concebidos en el espíritu del semanario y de la Universidad de la República, trataron de vincular la investigación académica (del Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales) y la arena pública, privilegiando más los datos que el olfato, priorizando el análisis técnico y no el talenteo. La idea era interpretar, valorar y someter a debate las principales tendencias poblacionales del país a la luz de los flamantes datos de los censos de 2011. Responder acerca de qué está pasando con la fecundidad, la migración, el envejecimiento demográfico, los tipos de familia y la distribución territorial de nuestra población, y analizar por qué debiera importarnos.

Si los textos que ahora se compilan en este libro cumplieron con su intención original, habrán contribuido con datos y reflexión a un debate que demasiadas veces es abordado desde información incompleta, apuros políticos y automatismos mediáticos. El horizonte final es el de comprender hacia dónde va la población uruguaya, incorporar las tendencias demográficas a la búsqueda del desarrollo de nuestro país y asegurar información para el ejercicio pleno de los derechos de todos sus habitantes.

Presentación

El Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República) está orientado a la investigación y docencia en temas de población y demografía. Creado en octubre de 1990 con la finalidad de llenar un espacio hasta entonces inexistente en la Universidad de la República, está integrado por un equipo interdisciplinario con investigadores provenientes de diversas disciplinas: demografía, sociología, economía, ciencia política, antropología e historia. La coordinadora académica del Programa es la Dra. Adela Pellegrino. Los integrantes del Programa participan en el dictado de los cursos de grado y de posgrado de la Universidad de la República, entre los que se destaca la Maestría en Demografía y Estudios de Población. En el campo de la investigación han desarrollado una variedad de temas, en diversas áreas de especialización dentro de la disciplina: demografía histórica, fecundidad y comportamiento reproductivo, mortalidad infantil, migración internacional, migración interna y movilidad espacial, familia y nupcialidad, envejecimiento, demografía económica, población y pobreza, proyecciones especiales de población, prospectiva sociodemográfica y transición a la adultez.

Julieta Bengochea - Wanda Cabella
Juan José Calvo - Mariana Fernández Soto
Martín Koolhaas - Mathías Nathan
Ignacio Pardo - Adela Pellegrino - Carmen Varela

Los autores son docentes e investigadores del Programa de Población



Índice

*Detrás de los tres millones
La población uruguaya luego del censo 2011*

Prólogo.....	3
Presentación.....	5
Introducción.....	9
Uruguay y sus retos demográficos.....	13
Fecundidad y reemplazo de la población uruguaya.....	19
Envejecimiento poblacional en Uruguay.....	27
La inmigración al Uruguay.....	35
Migración interna.....	41
Nupcialidad.....	49
Sin drama, con desafíos Pasándole el pancito al plato del censo.....	57



Introducción

Censos 2011, después de lo polémico

Juan José Calvo

La historia de los relevamientos censales en Uruguay es una historia de irregularidades. El siglo xx, sin embargo, se inició promisoriamente. En el marco de una sociedad cosmopolita, pujante y dinámica, el Uruguay batllista condujo en 1908 un censo que, visto hoy a la distancia, produce una nostalgia admirativa por lo audaz e innovador que resultó como operación estadística. En un país que echaba a andar hacia la modernidad y el desarrollo, el censo de 1908 constituyó el gran ejercicio de inventario para planificar el futuro. Fue una acción que contó con tecnología de punta para su procesamiento: las ocho máquinas contables, híbridos de cajas registradoras y máquinas de coser (las *clasicompteurs*, una de las cuales sobrevive hoy como pieza de exhibición y museo en el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca), fueron importadas desde Francia especialmente para la ocasión, y su diseñador capacitó especialmente al personal encargado del procesamiento de los datos.

Pero probablemente este fue también el censo más polémico de nuestra deficiente historia de estadísticas demográficas. La inclusión de una pregunta relevando la creencia religiosa (o falta de ella) provocó enardecidas batallas entre el clero católico (y sus aliados) y los jóvenes representantes de la modernidad, con José Batlle y Ordóñez a la cabeza. Fue tal la polémica, por esta razón y otras, que se acordó destruir las papeletas del relevamiento una vez procesados los resultados, lo cual se hizo tan exhaustivamente que no fue sino hasta muchas décadas más tarde que los investigadores dieron con un ejemplar para poder examinarlo.

Pero a este impulso estadístico le llegó su freno. Mientras que los censos agropecuarios continuaron siendo llevados a cabo con admirable regularidad, no fue sino hasta 1963 que se repitió un operativo de relevamiento demográfico a nivel nacional. Esto motivó el comentario de un colega, afirmando que en Uruguay la contabilidad del ganado era de mejor calidad que la de las personas.

Los resultados del censo de 1963 están signados por la decepción. La prensa de la época exhibió la frustración de tirios y troyanos: *“¡Qué pocos que somos!”*, *“¿Qué nos sucede, por qué no hemos crecido?”*. Y el inevitable: *“¿Somos viables?”*. Esta decepción se repitió, con matices, en las siguientes operaciones censales: 1975, 1985, 1996. La casi regularidad que trabajosamente se había logrado (la recomendación es hacer censos cada diez años) se quebró, y en 2004 el país sustituyó el operativo por un conteo (que no es técnicamente un censo) y una encuesta ampliada de hogares realizada en 2006. Y así llegamos al año 2011 y a su primavera censal, denominación que está en la base de los cuestionamientos públicos.

Los “censos 2011” (denominados así porque constituyen un conjunto de relevamientos: de personas, hogares, viviendas, locales y entornos urbanísticos) fueron planteados como una oportunidad para introducir innovaciones metodológicas y tecnológicas a nuestra producción estadística. Esto no ha sido cabalmente comprendido por la población, y las críticas (de buena y mala fe) arreciaron: *“¿Por qué no hacer el censo en un día, como antes?”*, *“A mí no me censaron, este censo es cualquier cosa”*, *“¿Por qué tanta demora en dar los resultados?”*.

Las opciones metodológicas dividen a los censos en “de hecho” y “de derecho”, dependiendo de si el relevamiento (o al menos el grueso de éste) se hace en un día o a lo largo de un período. Ambas opciones tienen ventajas y desventajas, pero son igualmente válidas. Uruguay hizo tradicionalmente censos de hecho (es decir, concentrando el operativo en un día), pero en esta ocasión se inclinó por la segunda opción, siguiendo la tendencia de varios censos de la región y del mundo, y las recomendaciones técnicas mayoritariamente inclinadas por esta elección. Un conjunto importante de actores, incluso académicos (incluyendo a demógrafos), no vio esto con buenos ojos, pero lo cierto es que hay argumentos técnicos sólidos para sostener la opción elegida. Cabe mencionar que,

incluso cuando los censos en Uruguay se concentraban en un día, en realidad el relevamiento se extendía durante semanas.

La siguiente gran crítica se concentró en el “atraso” en la entrega de los resultados. La campaña de comunicación del INE (basada en el eslogan “Setiembre, mes del censo”) generó expectativas en los medios y en la población en su conjunto, que esperaban noticias estadísticas prácticamente para el 1 de octubre. Al prolongarse el relevamiento más allá de lo planificado originalmente, la estrategia de comunicación elegida se reveló como un grueso error, que creció exponencialmente al transcurrir las semanas y los meses sin que se explicara convincentemente lo que ocurría. La buena comunicación es parte esencial de los censos, pues de hacerse de mala manera mina la confianza de la población y de los usuarios de la información generada, incluso cuando ésta es de buena calidad. Este error, el de una mala campaña de comunicación, es probablemente el de mayor relevancia ya que ha empañado un operativo que, objetivamente, fue correcto en el logro de sus objetivos principales. Por ejemplo, contrariamente a la idea que predomina, lo cierto es que el INE ha sido muy veloz en la presentación de los tabulados de resultados iniciales. En operativos anteriores, buena parte de estos resultados eran publicados años después de realizados los censos, mientras que ahora están disponibles a ocho meses de hecho el relevamiento. Ciertamente es que los adelantos tecnológicos justifican esta mayor velocidad, pero cierto es también que es mérito del INE el haberlos incorporado.

Quien no haya sido censado puede sentir que esto prueba que el relevamiento fue deficiente, y si las anécdotas en este sentido se repiten, se genera una percepción colectiva de desconfianza. De alguna manera, repite la lógica de quienes desconfían en las encuestas pues “a mí nunca me encuestaron”. Pero lo cierto es que ningún censo del Uruguay o del mundo releva a la totalidad de la población. En todo censo hay un porcentaje de errores y omisiones, que es muy importante estimar (y existen técnicas precisas para ello)

para posteriormente corregir las cifras iniciales o “crudas”. Evidentemente, si ese porcentaje excede un cierto umbral, la calidad del censo está comprometida. En el caso del censo 2011, una comisión de expertos internacionales y nacionales, independiente del INE, auditó el procedimiento y calidad de la información, incluyendo la realización de una encuesta de cobertura y conciliación de los datos utilizando otras fuentes. El dictamen de esta auditoría técnica independiente es que el nivel de omisión se encuentra dentro de lo normal para los censos que se realizan actualmente. Es bueno señalar que, aun así, esta omisión de personas relevadas es algo superior a los censos anteriores y marca un aspecto a mejorar en el próximo censo.

Por último, un aspecto que ha pasado desapercibido, pero que es de enorme importancia en términos de avance en la transparencia y democratización en el uso de la información: por primera vez se encuentra disponible en forma pública y sin mayor exigencia, para cualquier persona, la base de datos censales (resguardando la confidencialidad que impide la identificación individual de las personas). Esta buena práctica, ya iniciada con las bases de datos de la Encuesta Continua de Hogares por Alicia Melgar cuando era Directora del INE, garantiza que los procesamientos y resultados puedan ser replicados y verificados por cualquier usuario, además de poner a disposición de todos un formidable instrumento útil para el diseño de políticas públicas, para la planificación y estrategias comerciales del sector privado y para la investigación académica.



Uruguay y sus retos demográficos



Uruguay y sus retos demográficos

Juan José Calvo / Adela Pellegrino

Desde una mirada general, los primeros resultados del censo 2011 no arrojan sorpresas respecto a lo esperado por parte de los especialistas. Las principales tendencias demográficas se mantienen: bajo crecimiento poblacional, aumento del envejecimiento de la estructura de edades, creciente urbanización y concentración de la población en el área metropolitana de Montevideo y en la franja costera. Esta dinámica ha generado muchas veces reacciones de frustración, cuando no alarmismo, en algunos actores del quehacer público. Pero ¿estamos en presencia de amenazas demográficas que cuestionan nuestra viabilidad como país? ¿Es necesario implementar políticas de población? ¿De qué tipo?

Uruguay ha tenido la característica de “vacío demográfico” desde sus orígenes; el crecimiento de la población siempre fue un objetivo principal. Sin embargo, salvo las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX –período de crecimiento natural y aporte de inmigración–, este objetivo no se logró y el vacío fue siempre su característica.

Las altas tasas de crecimiento de la población observadas en la mayoría de los países latinoamericanos a mediados del siglo xx no se dieron en Uruguay, y en estos últimos años el crecimiento ha descendido a niveles muy bajos, que casi suponen el estancamiento.

Lo que sucede actualmente en nuestro país no es otra cosa que el reflejo de lo que a grandes rasgos ocurre en América Latina y en muchas grandes zonas del planeta. En 1950 la población mundial era de aproximadamente 2.500 millones de personas; el año pasado alcanzó la cifra de 7.000 millones, y para el fin de este siglo las proyecciones recomendadas por las Naciones Unidas la sitúan en algo más de 10.000 millones. Si bien el crecimiento continuará siendo importante, su intensidad ha disminuido mucho y continuará haciéndolo en las

próximas décadas. Esta disminución obedece a la caída de la fecundidad, que se encuentra por debajo del nivel de reemplazo¹ ya en 76 países (diez de ellos en nuestra región, incluyendo a Brasil) que representan el 47% de la población mundial.

Uruguay, pionero en el descenso del crecimiento de la población, ahora está acompañado de muchos países latinoamericanos, cuyos indicadores demográficos convergen hacia los de los países desarrollados y aquellos que van camino a serlo.

¿Es bueno o es malo tener un crecimiento tan pequeño como el que tenemos? ¿Somos demasiado pocos para sostener el proceso de desarrollo nacional? ¿O, por el contrario, esto es una ventaja? No hay respuestas únicas y universales a estas preguntas. La experiencia histórica e internacional nos muestra que, a lo largo del tiempo, el volumen demográfico ha modificado su importancia para explicar el poderío de las naciones. Y si miramos el mundo hoy, al combinar tamaño de crecimiento con nivel de desarrollo encontramos países en todas las combinaciones posibles. Ser pequeños y crecer poco (o ser grandes y crecer mucho) acarrea ventajas y desventajas. De los diez países que encabezan el ranking del Índice de Desarrollo Humano del PNUD, la mitad tienen menos de 10 millones de personas, cuatro tienen entre diez y cien, y uno más de cien (Estados Unidos). La relación es casi igual entre los diez países menos desarrollados del planeta, aunque las tasas de crecimiento demográfico son mucho más bajas en los países más desarrollados respecto de los menos. Más allá de estas ilustraciones, lo cierto es que en Uruguay, a pesar de haber sido históricamente el tema que acaparó la mayor atención, la discusión sobre el tamaño óptimo de la población no debería ser la central.

Las tendencias demográficas no son olas que se modifican con el viento de turno; son procesos que una vez desatados son difíciles de detener. Lo mejor es detectar esas tendencias con anticipación y prepararse para sus efectos. Esta preparación requiere el diseño e implementación de políticas de Estado basadas en estudios científicos, discusiones serias e informadas y una puesta en práctica a largo pla-

zo que involucre a varias administraciones de gobierno. En Uruguay, aun considerando hipótesis razonables en términos de un posible incremento de la fecundidad (aunque la tendencia es firme en sentido opuesto) y optimistas respecto a transformarnos en receptores de inmigrantes, las proyecciones de máxima apenas superan los 4 millones de habitantes para el año 2050. Es muy poco probable que se dé un escenario que supere este umbral, y muy poco sensato intentar promover ideas como la de “un Uruguay de diez millones” y asignar preciados recursos para intentar ese objetivo. La pequeña escala impone restricciones, es verdad; determinados procesos, vinculados al tamaño del mercado interno o a la acumulación de una masa crítica de cierto volumen, se vuelven inviables. Y una sociedad pequeña puede resultar agobiante y poco estimulante para muchos. Pero por otro lado, abre una ventana de oportunidades al minimizar la “inversión demográfica” (ese componente del gasto destinado a cubrir las necesidades básicas en infraestructura, salud, educación, vivienda, entre otras) de una población que supone una carga muy pesada en demografías de rápido crecimiento. La pequeña escala permite dirigir el gasto a ganar en calidad en los procesos (por ejemplo, más inversión per cápita en educación y en salud; más recursos destinados a combatir la pobreza, a fomentar la innovación, la investigación, las artes y el desarrollo cultural; más recursos disponibles para acumular bienes de capital). En nuestro caso, el crecimiento de la población es un objetivo difícil de alcanzar, al menos en números significativos. Los proyectos nacionales tienen que ser adaptados a esta realidad, aprovechando las ventajas de la pequeñez.

Pero este no es el único reto demográfico. Si para el mundo el siglo XX ha sido el del crecimiento, el siglo XXI será el del envejecimiento. La población mundial, si bien es mayormente joven, envejece rápidamente, producto principalmente del descenso de la natalidad. Uruguay y varias decenas de países (entre los cuales se destacan los industrializados) ya se encuentran en una etapa muy avanzada de lo que se denomina “transición demográfica”, un proceso de descenso y

estabilización de la natalidad y de la mortalidad, que conduce a enlentecer el crecimiento y envejecer la pirámide de población. Las implicancias sociales y económicas de este proceso son múltiples, y entre ellas se destacan las presiones financieras sobre los sistemas de retiro, así como el encarecimiento de los sistemas nacionales de salud y la necesidad de proveer cuidados a contingentes cada vez más numerosos de adultos mayores (en un contexto cambiante de estructuras de arreglos familiares, roles de género, y demandas del mercado de trabajo). Las relaciones intergeneracionales se complejizan, y coexisten, como nunca antes, varias generaciones en el ámbito familiar y social.

Es posible trazar una visión del Uruguay futuro. Una nación constituida por una población de alto nivel educativo, capaz de incorporar la innovación y la calidad en todos los procesos. Una población diversa, en su composición por edades, étnica y de arreglos familiares, donde la diversidad no constituya un escollo para el ejercicio de los derechos y el desarrollo, sino, por el contrario, que los favorezca. Una población que no condicione las oportunidades de las generaciones actuales y futuras por su distribución en el territorio. Una población que permita conservar los recursos naturales y el ambiente respetando la capacidad de carga de los ecosistemas. El derecho al arraigo y a vivir en las localidades de preferencia debiera poder ejercerse sin que las migraciones, dentro o fuera de fronteras, estén motivadas por la limitación del horizonte de oportunidades. Las personas no deberían padecer desigualdades en sus oportunidades y en el ejercicio de los derechos por el hecho de pertenecer a un sexo, grupo de edad, arreglo familiar, raza, lugar de residencia u orientación sexual. Pero alcanzar esta visión requiere condiciones económicas favorables, políticas sociales adecuadas y diseñar y acordar la implementación de políticas de población de largo plazo.

1. *El nivel de reemplazo de una población suele establecerse, en poblaciones como la uruguaya, en 2, 1 hijos por mujer. Si la Tasa Global de Fecundidad se encuentra por debajo de ese valor, a igualdad de otras condiciones, la población tenderá a decrecer, aunque esto no sucede necesariamente en el corto plazo.*

¿Muy pocos hijos?
Fecundidad y reemplazo
de la población uruguaya



¿Muy pocos hijos?

Fecundidad y remplazo de la población uruguaya

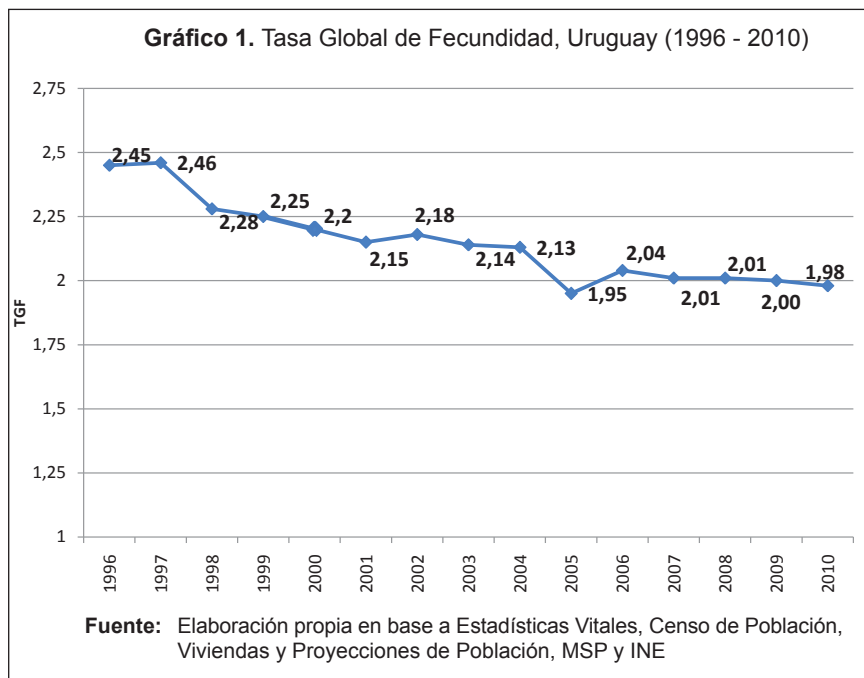
Ignacio Pardo / Carmen Varela

¿Qué pasa con la fecundidad? ¿Es que no queremos tener más hijos? ¿Tenemos “suficientes”? ¿Está en riesgo el futuro de nuestra población con estas cifras? Por absurdas que parezcan, estas preguntas han perseguido al país durante muchas décadas, y se replantean ante cada nuevo dato de fecundidad.

¿Qué pasa con la fecundidad en Uruguay? En principio, nada contundentemente nuevo. El descenso del promedio de hijos tenidos por las mujeres en Uruguay data de principios del siglo XX. A mediados del siglo ya se registraba una Tasa Global de Fecundidad (TGF)¹ muy baja para el contexto regional, de tres hijos en promedio por mujer. Y con el censo de población de 1985 ya habíamos descendido a 2,5, para llegar hoy a los dos.

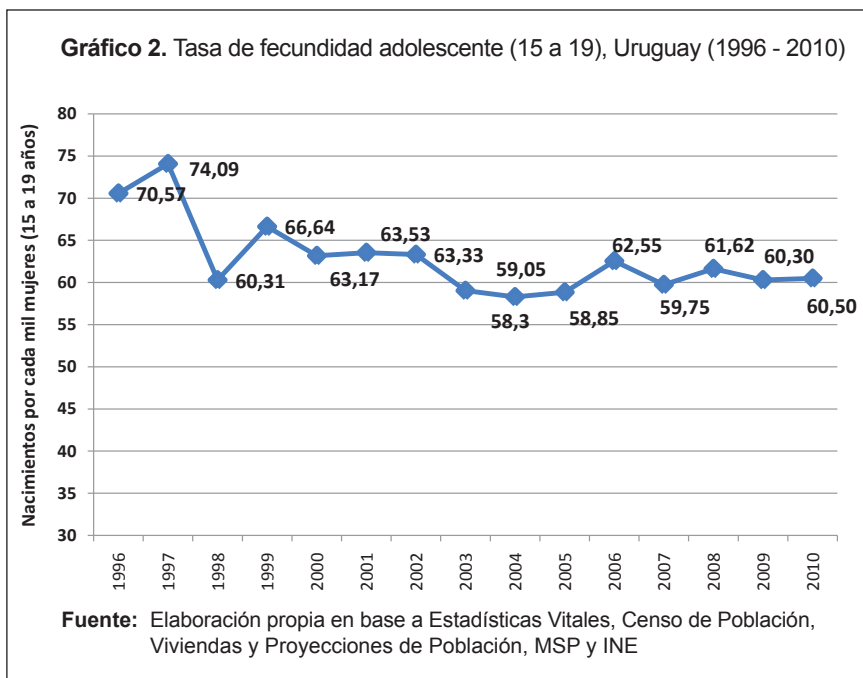
¿Qué es lo nuevo? Aunque los censos no son los mejores instrumentos para medir la fecundidad o la mortalidad (en los países en que hay registros aceptables, como Uruguay, lo hacemos con las estadísticas vitales), el censo 2011 permite confirmar algunas tendencias en comparación con su antecedente de 1996.

Entre 1996 y 2011, la “paridez” —el número de hijos acumulado por el promedio de las mujeres de una cierta edad— descendió en todos los grupos de edades. El descenso más significativo fue entre los 30 y 34 años; las uruguayas de esas edades, que tenían casi dos hijos en 1996, tienen hoy un promedio de un hijo y medio. Detrás de este dato debe investigarse en qué medida se encuentra la caída moderada en la fecundidad y en qué medida la posible posposición de la reproducción para edades más avanzadas; o en términos más específicos, el aumento de la distancia entre el primer y el segundo hijo. Más claro es observar la “paridez” de aquellas que se encuentran al final de la etapa reproductiva (40 a 49 años). Hoy tienen 2,5 hijos en promedio, cuando sumaban 2,7 en 1996.



Como se observa, aun ante el descenso reciente, el modelo reproductivo se sitúa en torno a los dos hijos en promedio, que además es el patrón que las uruguayas suelen tener como ideal. La caída en la fecundidad, por cierto, ya no resulta excepcional en la región, con Brasil protagonizando un fenomenal descenso de su TGF. Por cierto, los promedios esconden comportamientos diferenciales. Estimaciones del INE para 2010 mostraron la distancia entre 2,5 hijos en Tacuarembó y 1,7 en Montevideo, por ejemplo, reflejando en parte la menor fecundidad que suele existir en los ámbitos urbanos. Hay diferencias, quizá más sustanciales, entre estratos sociales, observada paradigmáticamente en la mayor cantidad de hijos de las mujeres con menos años de educación, que existía en 1996 y se mantiene hoy.

Embarazo adolescente y baja fecundidad. Desmenuzar los datos censales permite además desmentir un “dato” del discurso



habitual: no es cierto que en los últimos años haya más mujeres sin hijos. Las mujeres sin descendencia hacia el final de su etapa reproductiva no son más numerosas que en el censo anterior. Continúan rondando el 11%.

¿Y qué hay del “problema del embarazo adolescente”? Por un lado, la Tasa de Fecundidad Adolescente³ tuvo oscilaciones en los noventa, registrando un incremento muy importante en 1996 y 1997 (71 y 74 por mil respectivamente), para luego mantenerse en el entorno del 60 por mil durante el siglo XXI (ver gráfico 2) Por otro, no ha crecido la proporción de madres de 15 a 19 años entre los dos censos. Por el contrario, ha caído desde el 14% de 1996 al 10% de hoy. Y disminuido del 2 al 1% las mujeres que tienen un segundo hijo: más adolescentes controlan su reproducción luego de ser madres. Los programas de salud sexual y reproductiva que se vienen implementando desde 1996 y profundizando recientemente son parte de la explicación.

Esto no quiere decir que ninguna de las 12.181 madres adolescentes censadas en 2011 esté en problemas (la maternidad en estas edades complejiza la permanencia en el sistema educativo, lo que compromete el futuro laboral en una economía que demanda más formación). Pero sí nos muestra que el fenómeno no avanza sino que retrocede, coincidiendo con la ampliación de la autonomía y las posibilidades vitales de las mujeres, cuya matriculación en el sistema educativo supera la de los hombres.

Ahora bien, ¿cuán grave es el bajo nivel de fecundidad de Uruguay? Sucede que entre 2004 y 2005 la TGF cayó por debajo del umbral necesario para el reemplazo de la población (2,1 hijos por mujer), disparando la idea de un posible declive poblacional. Sin embargo, sabemos que para que ello ocurra la TGF debería descender bastante más que lo actual y sostenerse en esos niveles por varios años. De hecho, estar por debajo del reemplazo durante siete años (ver gráfico 1) no ha impedido que nuestra población siga creciendo. Parte de la explicación está dada por la inercia de la estructura de edades: puede bajar el promedio de hijos por mujer, pero hay más mujeres en edad de tener hijos. Es cierto que con el paso de los años el envejecimiento poblacional provoca que las mujeres de esas edades comiencen a disminuir en Uruguay, pero el proceso es gradual y está influido por otros factores, como la longevidad y sobre todo la migración. Uruguay, que tuvo una TGF de 1,98 hijos por mujer en 2010, registró 46.704 nacimientos en 2011. Unos 700 nacimientos menos que el año anterior (dato recibido con cierto revuelo, aunque no haya acuerdo en que sea un descenso significativo), lo que no hará descender significativamente el promedio de hijos por mujer.

En cualquier caso, el modelo reproductivo cercano al promedio de dos hijos, que no es ninguna peculiaridad uruguaya, no hará disminuir el tamaño de la población a corto plazo, y no ha presentado cambios bruscos desde 2005. Así, el alarmismo (se-

gún se ha dicho, el principal género de divulgación demográfica) puede descartarse respecto al volumen poblacional.

Esto no quiere decir que no existan desafíos demográficos, los hay y muy importantes. Simplemente no tienen que ver con la cantidad de hijos promedio que están teniendo las uruguayas. Como se dijo en los capítulos anteriores, hay en el mundo 76 países con fecundidad bajo el reemplazo, y sin embargo los que decrecen su población son aún una rareza demográfica.² Así, lo más razonable es centrarnos en el escenario más probable: crecimiento escaso o nulo de la población, fecundidad cercana al reemplazo y creciente envejecimiento poblacional. ¿Qué hacer? ¿Conviene convencer a las mujeres de que tengan más hijos para poblar estas tierras?

¿Pronatalismo o sistema de cuidados? Los propios datos del censo han disparado alguna propuesta de actores políticos interesados en aumentar la cantidad de hijos. Sin embargo, desde la evidencia acumulada acerca de políticas de fecundidad y familia, no tiene mayor sentido pensar medidas esencialmente “pronatalistas”, enfocadas al crecimiento de la población a través del aumento de la TGF. No sólo porque no es claro que a mayor crecimiento poblacional haya alguna mejora directa en el desarrollo del país, sino porque la población puede crecer también a través de la inmigración y la migración de retorno, tal como está razonablemente planteado frente a la escasez de mano de obra en algunos sectores productivos.

Además, los intentos basados en un marco decididamente pronatalista no han tenido mayor éxito. La experiencia internacional muestra que la fecundidad sí ha aumentado en aquellos países que han implementado políticas donde también había otros objetivos: básicamente, provisión de cuidados para que mujeres y varones pudieran conciliar trabajo y crianza.

Sobre todo, el pronatalismo en sí mismo tiene poco sentido porque Uruguay necesita privilegiar otros retos en su política fa-

miliar, como una mayor equidad entre las familias con muchos y pocos hijos, de forma de garantizar las posibilidades de desarrollo de esos niños (hayan nacido hijos únicos en hogares privilegiados o entre muchos hermanos y en hogares vulnerables). Y garantizar que las personas puedan tener la cantidad de hijos que quieran y cuando lo deseen. La provisión de cuidados infantiles desde una idea de corresponsabilidad social por la crianza de todos los niños uruguayos, sin incentivar la retirada de las mujeres del mercado laboral sino su inserción, incluye cambios en las licencias y condiciones laborales de las madres. El Sistema Nacional de Cuidados, ante la mala noticia de sus problemas de financiación, sigue siendo el plan más importante para cumplir los objetivos de corresponsabilidad con la crianza, equidad entre los niños y satisfacción de los adultos con la propia fecundidad.

1. *Medida que resume la fecundidad de una población considerando los hijos de las mujeres de todas las edades en un momento dado, bajo ciertos supuestos metodológicos.*
2. *Aun ante un hipotético decrecimiento leve, el panorama tampoco es homogéneamente lúgubre. Por ejemplo, tener cohortes más pequeñas de niños permite una mayor inversión educativa per cápita.*
3. *La Tasa de Fecundidad Adolescente refleja al promedio de hijos tenidos cada mil mujeres adolescentes en un período determinado (suele ser anual).*



Envejecimiento poblacional en Uruguay



Envejecimiento poblacional en Uruguay

Mathías Nathan

¿Qué es el envejecimiento poblacional? ¿Cómo viene evolucionando en Uruguay y cuáles son las perspectivas a futuro? ¿Qué variables lo provocan? ¿Qué interrogantes deja planteadas para nuestro país?

Los datos del censo 2011 indican que Uruguay tiene una población cada vez más envejecida. Esta información no debería sorprendernos en lo más mínimo, ya que el envejecimiento demográfico no es una novedad en nuestro país. Aldo Solari, referente de las ciencias sociales en Uruguay, anticipaba en su publicación del año 1957¹ el carácter “prematureo” de dicho fenómeno dentro del contexto regional. Desde entonces, una infinidad de investigaciones y diagnósticos no han hecho otra cosa que ratificar la profundización de este cambio en la estructura por edades de la población.

Se entiende por envejecimiento de una población al fenómeno que consiste en el aumento proporcional de las personas viejas, es decir, aquellas que solemos ubicar en edades por encima de los 59 o 64 años (la opción depende del manual que se consulte). Por convención, se dice que una población está envejecida cuando la proporción de personas en edad avanzada supera el 10% de la población total. ¿En qué momento se alcanzó esta proporción de adultos mayores en Uruguay? Hace más de tres décadas, según los datos de los censos nacionales de población. La proporción de personas de 65 o más años se ubicó en el 9,8% en 1975 y continuó en aumento en los años siguientes: 11,2% en 1985, 12,8% en 1996, 13,4% en 2004 y 14,1% en 2011.

A pesar de estos antecedentes, la publicación de los resultados del último censo colocó al envejecimiento de la población como un dato preocupante o alarmante en nuestro país. Pareciera que nos cuesta aceptar que se trata de una característica de la sociedad uruguaya, de un dato de la realidad nacional. En cambio, se lo interpre-

ta como un destino maldito del que Uruguay no consigue liberarse, como un camino que nos conduce insoslayablemente hacia tiempos de oscuridad e incertidumbre. Es altamente probable que detrás de esta lectura de los datos exista un desconocimiento de las causas que provocan el envejecimiento.

El incremento del porcentaje de adultos mayores se explica por el descenso sostenido que han experimentado la natalidad y la mortalidad. El descenso del número de nacimientos en la población provoca lo que se conoce como “envejecimiento por la base” de la pirámide, es decir, una paulatina reducción del tamaño de las nuevas generaciones de niños y niñas. Por otro lado, en regímenes demográficos con bajas tasas de mortalidad –como el que se presenta en Uruguay desde hace varios años– las ganancias obtenidas en materia de esperanza de vida generan un “envejecimiento por la cúspide”: un número cada vez mayor de personas que logra sobrevivir hasta edades avanzadas. Por lo tanto, el descenso observado en el número de hijos que tienen las parejas y el aumento del promedio de años de vida de los individuos dan como resultado poblaciones cuyos integrantes se empiezan a concentrar cada vez más en los tramos de edad asociados a la vejez. A ello puede agregarse el efecto “envejecedor” que produce la migración en las sociedades de origen, en la medida que los migrantes que parten hacia otras tierras suelen ser jóvenes o adultos en edad activa. De estos tres componentes de la dinámica demográfica, se ha constatado que el principal factor explicativo del cambio en la estructura por edades es el descenso de la natalidad.

Una particularidad del envejecimiento poblacional en Uruguay es que se viene desarrollando a un ritmo lento, si se lo compara con la velocidad en la que están cambiando las estructuras etarias de los países de América Latina. Uruguay experimentó una transición demográfica precoz dentro del contexto regional, en la que los niveles de fecundidad y mortalidad comenzaron a descender desde fines del siglo XIX. En países como Brasil o México, donde la fecundidad se

ha reducido intensamente en los últimos treinta años, llegando incluso a niveles similares o más bajos que los observados actualmente en Uruguay, el envejecimiento avanza rápidamente. De acuerdo a las proyecciones de población realizadas por CELADE², dentro de cuarenta años la proporción de adultos mayores en estos dos países superará a la de Uruguay.

El envejecimiento es un proceso irreversible en el que se encuentran inmersos prácticamente todos los países del mundo. No hay indicio alguno de que las tendencias en materia de fecundidad y mortalidad vayan a revertirse –mucho menos alcanzar los niveles observados cincuenta años atrás. Por ello, salvo que ocurra un acontecimiento totalmente inesperado como un baby boom, una llegada masiva de jóvenes extranjeros, una catástrofe natural o una epidemia fuertemente concentrada entre los adultos mayores, Uruguay seguirá transitando hacia una población con una creciente participación de las personas de 65 o más años en su composición etaria. En contrapartida, el peso relativo de los niños y adolescentes se irá reduciendo con el paso del tiempo. De acuerdo a la información censal, el porcentaje de personas entre 0 y 14 años en la población pasó del 28,2% en 1963 al 21,8% en 2011 y se estima que la población mayor de 64 años superará a la de 0-14 años para el año 2040.

Otro aspecto que vale la pena destacar de los datos de Uruguay es el aumento del porcentaje de personas de 85 o más años entre los adultos mayores. Mientras que en 1963 representaban el 6,4% de las personas de 65 o más años, en 2011 alcanzaron el 12%. Este sobre-envejecimiento de la estructura de la población va acompañado de una creciente feminización de la vejez. Las mujeres, gracias a que viven más que los hombres, son seis de cada diez entre los mayores de 64 años y siete de cada diez entre los mayores de 84 años. Por lo tanto, las futuras ganancias en materia de esperanza de vida traerán consigo un significativo crecimiento de los denominados *oldest-old* (personas de 85 o más años) y de las mujeres entre los adultos mayores.

Las diferencias entre hombres y mujeres no se circunscriben únicamente a la cantidad promedio de años que unos y otras pueden vivir. También se manifiestan en el ámbito de las relaciones de pareja y los arreglos de convivencia en la vejez, entre otros aspectos. Según los datos del censo 2011, al superar los 64 años el 68,6% de los hombres convive con su pareja en el hogar; entre las mujeres este porcentaje se reduce a la mitad (33,4%). Las diferencias entre hombres y mujeres se amplían aun más si nos enfocamos en las personas de 85 o más años: 55,2% y 8,9%, respectivamente. Estas diferencias están asociadas a la composición de los hogares en la vejez: la mayoría de las mujeres de 65 o más se ubica en hogares unipersonales (31,9%), mientras que los hombres lo hacen en hogares de pareja sin hijos (43,1%). Por lo tanto, se puede afirmar que –a diferencia de los hombres– las mujeres tienen una mayor probabilidad de transitar “solas” por la vejez.

En consecuencia, el análisis de la situación de los adultos mayores requiere necesariamente un enfoque de género. También precisa cada vez más de una mirada generacional y del estudio de las trayectorias individuales. Más que ninguna otra etapa de la vida, la vejez está pautada por los eventos que los individuos experimentaron a lo largo de su vida, y las características que presentan los adultos mayores en un momento de su existencia responden en buena medida a la experiencia vivida por los sobrevivientes de las cohortes de individuos que nacieron hace más de 64 años.

Los datos del censo 2011 nos muestran cómo a partir de los 65 años el porcentaje de personas que tienen dificultades severas para ver, oír y caminar se incrementa de manera exponencial. El 14% de la población de 85 o más años presenta discapacidad visual, 12% discapacidad auditiva y 24% problemas graves para desplazarse. Estos datos nos indican que, más allá de la generación considerada, la vejez es una etapa en que las funciones vitales empiezan a verse deterioradas por el desgaste que experimenta el cuerpo con el paso de los años. Los niveles de inactividad económica también son altos en

esta población, debido a que las personas se encuentran en las edades de retiro laboral. Según el censo, casi 80% de las personas de 65 o más años son jubilados o pensionistas.

El avance del envejecimiento demográfico plantea una serie de interrogantes para los tiempos venideros: ¿cómo será vivir en una sociedad con más viejos que niños?, ¿y con más personas inactivas que activas?, ¿quién se hará cargo de trabajar y generar ingresos?, ¿y de cuidar a los ancianos? El concepto de envejecimiento viene acompañado generalmente de la idea de una mayor “carga” para las familias (que deberán atender las crecientes demandas de cuidados de sus integrantes mayores), la comunidad (que verá proliferar la ocupación de espacios públicos por parte de los ancianos) y el Estado (que tendrá que sostener los altos costos del sistema de salud pública y hacer frente a los problemas que trae aparejada la disminución de la razón activos-inactivos en el sistema de seguridad social). Basta imaginar el futuro con un número creciente de inactivos y dependientes para que la noción de “carga” aparezca rápidamente ligada a la de envejecimiento poblacional. Pero tal vez también sea el producto del excesivo énfasis que hemos hecho en esa arista del fenómeno, olvidando otras igualmente importantes. Siguiendo al demógrafo español Julio Pérez Díaz, la “madurez demográfica” que han alcanzado las poblaciones está dada por la generalización de la supervivencia de los individuos hasta edades adultas, lo que abre la posibilidad de que un mayor número de personas disponga de tiempo suficiente para llevar a cabo sus proyectos individuales y familiares³. La prolongación de la duración de la vida permite como nunca antes en la historia que los individuos se formen, trabajen y realicen su aporte a la sociedad.

Nadie pone en duda que estamos frente a un cambio sin precedentes en la historia de la humanidad y que ello puede incidir en la aparición de incomodidades y temores. En Uruguay corremos con la ventaja de venir transcurriendo lentamente por este proceso, lo que nos da tiempo suficiente para llegar bien preparados a una so-

ciudad donde existirán crecientes demandas por parte de los adultos mayores. Tenemos como desventaja el hecho de estar procesando el cambio demográfico en un contexto de carencias en materia económica e importantes desigualdades en los desempeños sociales de la población. Desde un enfoque generacional, atender los desafíos del envejecimiento es también atender los problemas que enfrentan niños y jóvenes. Apostar a la equidad, la educación, la solidaridad y la convivencia en el Uruguay de hoy día es pensar también en políticas para mitigar los posibles efectos negativos que traerá consigo la profundización del envejecimiento en nuestro país.

1. Solari, A. (1957). "El fenómeno del envejecimiento en la población uruguaya", en *Revista Mexicana de Sociología*, México: Universidad Nacional Autónoma de México. vol. 19, no. 2 (May-Aug., 1957), pp. 437-445.
2. Centro Latinoamericano de Demografía – División de Población de la CEPAL. www.celade.org
3. Perez Díaz, J. (2003), *La madurez de las masas*. Imsero, Colección Observatorio de las personas Mayores no. 12, Madrid.

La inmigración al Uruguay



La inmigración al Uruguay

*Desafíos demográficos, políticos y sociales en torno
a un nuevo patrón migratorio Sur - Sur*

Julieta Bengochea

¿Estamos volviendo a ser un país receptor? ¿Cuáles son los principales colectivos de inmigrantes? ¿Cuáles son los desafíos del país en cuanto a la inmigración reciente?

Uruguay es un país con fuerte tradición migratoria. Su territorio ubicado entre dos grandes países sudamericanos –Brasil y Argentina– propició desde su fundación corrientes regionales de migrantes que ingresaban y salían. A partir del siglo XIX y hasta mediados del XX Uruguay se caracterizó por ser un país receptor de inmigrantes. De Europa llegaron españoles, franceses e italianos, entre otros. De la región, principalmente argentinos y brasileños. En ambos casos influyeron en el país tanto a nivel demográfico como económico y cultural.

En 1908 la población residente en Uruguay estaba conformada por 83% de uruguayos y 17% de extranjeros, de los cuales el 50% vivían en Montevideo. Las políticas migratorias del país eran proclives a la recepción de inmigrantes desde tiempos de la colonia, y las medidas implementadas por José Batlle y Ordóñez a principios del siglo XX generaron un contexto aun más atractivo para los inmigrantes, aunque en 1936 hubo un fuerte cambio de orientación: se promulgó la “ley de indeseables”.

De todos modos, a mediados de la década de 1960 el perfil migratorio del país cambió: pasó de ser receptor a ser expulsor de migrantes. La crisis económica y política y el establecimiento del período dictatorial iniciado en 1973 hicieron crecer el número de población que migró hacia otros países. Más tarde, la vuelta a la democracia en 1985 generó un importante número de retornantes, pero la emigración continuó siendo una característica constante. En 2002 la crisis económica desencadenó una nueva oleada emigratoria.

El estudio actual de la inmigración internacional no ha sido prioritario en la agenda del país, lo que se percibe por el vacío de información desde el censo de 1996 como por su escaso efecto cuantitativo. Los da-

tos del censo 2011 muestran que el stock de inmigrantes no ha variado en el período intercensal (1996-2011).¹ Ya en el censo de 1996 la proporción de población extranjera era pequeña (3%) y los datos del censo 2011 muestran una reducción (2,3%).

¿Queda por esto descartada la hipótesis de que el país se está convirtiendo en receptor de inmigrantes? No. El porcentaje de quienes vienen de otros países no varía demasiado, pero es posible pensar que se está produciendo la sustitución de unos inmigrantes por otros. Aquellos europeos que llegaron en la primera mitad del siglo XX comienzan a disminuir debido a la mortalidad, y los nuevos inmigrantes –tanto de la región latinoamericana como los hijos de retornantes– empiezan a sustituirlos en el stock.

En ese sentido se destaca el cambio de los países de nacimiento de los inmigrantes. La mayoría de los inmigrantes captados por el censo 2011 proviene de Argentina (35%), Brasil (17%), España (16%) e Italia (7%). Paraguayos y peruanos, que en 1996 representaban 1,6% y 0,6% de la población total, son hoy el 2,6% y el 3,7% respectivamente, mostrando un aumento importante.

Para ver mejor este posible cambio en el patrón migratorio hay que centrar el análisis en los flujos de inmigración que llegaron al país entre 2005 y 2010. El 50% de los inmigrantes peruanos, el 33% de los chilenos y el 27% de los paraguayos llegaron a Uruguay en ese período. También lo ha hecho el 68% de los inmigrantes de Estados Unidos y gran parte de los canadienses, franceses e ingleses. Por tanto, si bien sigue llegando a Uruguay una cantidad importante de inmigrantes “tradicionales” (españoles, italianos, argentinos, brasileños), los flujos de peruanos, chilenos y paraguayos son destacables y pueden convertirse en la nueva tendencia inmigratoria en el país.

Con los datos censales se puede ver el cambio en los perfiles de los inmigrantes recientes, y es posible hacer tres lecturas importantes. Primero: el porcentaje de los latinoamericanos ha ido en aumento. Segundo: los flujos procedentes de Perú y Estados Unidos son los más dinámicos. Tercero: el alto porcentaje de los inmigrantes de Estados

Unidos podría corresponder a un caso especial; se trata de los hijos de retornantes uruguayos.

En cuanto al perfil por edad, los inmigrantes más jóvenes son los que provienen de Chile, Paraguay, Perú, Estados Unidos y Canadá, mientras que los inmigrantes españoles e italianos presentan un perfil etario envejecido. El 66% de los inmigrantes españoles y el 70% de los italianos tienen 65 años o más, mientras que los peruanos, estadounidenses y canadienses de estas edades rondan el 3%. Esto confirma que el stock de inmigrantes españoles e italianos corresponde mayormente a la inmigración de principios del siglo XX, y el stock de inmigrantes de la región y de otros países “no tradicionales” a flujos más recientes.

Otro dato interesante es la feminización de los colectivos de inmigrantes de Perú y Paraguay (65 varones por cada 100 mujeres). Por su parte, las comunidades más tradicionales de inmigrantes tienen 100 varones por cada 100 mujeres, y entre los inmigrantes de Estados Unidos predominan los varones (más de 100 varones por cada 100 mujeres). El alto nivel educativo de los inmigrantes también es de interés: siete de cada diez inmigrantes de Estados Unidos y cuatro de cada diez de Perú alcanzaron nivel educativo terciario.

En relación a la distribución territorial de los inmigrantes la gran mayoría reside en la capital del país (58%). Los departamentos de Canelones (14%), Maldonado (6%) y Rivera (5%) son los siguientes destinos importantes de los inmigrantes. Es importante señalar que Canelones y Maldonado son dos departamentos altamente atractores de migración interna. El primero por ser limítrofe de la capital y con una oferta de vivienda más barata y Maldonado porque ha experimentado en los últimos años un auge económico debido a la industria de la construcción y el turismo. Por su parte Rivera es un departamento tradicionalmente receptor de inmigrantes debido a que es limítrofe de Brasil.

En suma, el stock actual está conformado por inmigrantes sobrevivientes de las oleadas migratorias de la primera mitad del siglo XX pero también por un flujo de inmigración reciente de países como Estados Unidos (en gran medida con hijos de retornantes) y por flujos regiona-

les, compuestos principalmente por personas provenientes de Paraguay y Perú. Los inmigrantes paraguayos y peruanos son mayoritariamente jóvenes, con un alto nivel educativo y con una mayor proporción de mujeres. Estas tendencias sugieren que el país puede estar comenzando a transitar hacia el patrón migratorio que se observa en Argentina y Chile en los últimos años, con un aumento de los inmigrantes provenientes de países como Perú, Bolivia y Paraguay.

Si bien las migraciones han sido un tema subalterno en la agenda política de Uruguay, la llegada del Frente Amplio al gobierno nacional en 2005 generó cambios significativos de política migratoria. Hasta ese momento la migración calificada y el “éxodo de cerebros” o *brain drain* habían sido preocupaciones presentes, pero nunca consolidadas en medidas políticas. Desde 2005 estos temas, así como las políticas de revinculación y el voto epistolar, pasaron a formar parte del debate público.

Por excepcional que parezca y por baja que sea su magnitud en términos absolutos, la inmigración reciente es un tema que merece ser estudiado por la academia y discutido desde la sociedad civil y el Estado. Sobre todo la cuestión, siempre abierta, de la integración social y económica de los inmigrantes a la sociedad uruguaya.

Para eso es necesario conocer cómo son los heterogéneos colectivos de inmigrantes que viven en Uruguay y cuáles son las inquietudes que despierta la presencia de extranjeros en nuestra población. En este sentido, la xenofobia y discriminación hacia los colectivos culturalmente distantes serán problemas que la sociedad uruguaya deberá enfrentar, máxime si estos flujos aumentan (lo cual sería deseable para el país). Se trata de pensar en políticas sociales que faciliten la inclusión de estos colectivos.

1. *La inmigración puede ser analizada considerando su stock o su flujo. Nos referimos a análisis de stock cuando se considera el total acumulado de inmigrantes de una población, sin considerar su período de llegada. Por el contrario, nos referimos a análisis de flujo cuando se considera el lapso de llegada de los inmigrantes. Los análisis de flujo consideran usualmente a los inmigrantes recientes, en general la población nacida en el exterior que llegó al país en los últimos cinco años.*

Migración interna



Migración interna

y distribución espacial de la población uruguaya

Martín Koolhaas

Los censos de población son las únicas fuentes del sistema estadístico nacional que brindan información para conocer cómo está distribuida la población en el territorio y estudiar las corrientes migratorias que determinan el crecimiento demográfico a nivel departamental y local. Por ello, vale la pena analizar los datos del censo 2011 en clave comparativa con los censos anteriores.

Una de las novedades que establece el censo 2011 es que 13 departamentos decrecieron en su población con respecto al recuento censal de 2004. Solamente en Maldonado, Canelones, San José, Colonia, Salto y Río Negro ha aumentado la población. Los cuatro primeros son los únicos con saldo migratorio interno positivo, es decir, que reciben más inmigrantes de otros departamentos que los que expulsan. En el período intercensal anterior (1996-2004), solamente dos departamentos habían mostrado crecimiento negativo de su población: Colonia y Montevideo.

Maldonado y Canelones en particular son los departamentos que desde el censo de 1963 han venido registrando las tasas de aumento poblacional más altas del país, fruto del crecimiento de sus localidades costeras. Esta tendencia guarda una estrecha relación con las altas tasas de migración interna neta¹ que registran ambos departamentos. No es casual que mientras a nivel nacional el porcentaje de población nacida en un departamento diferente al que reside es 22,4%, en Maldonado y Canelones este porcentaje sube a 38,9 y 38,6% respectivamente.

La migración interna es el principal factor que explica las diferencias en el ritmo de crecimiento poblacional observadas por departamento y localidad. A nivel macro, las desigualdades socioeconómicas territoriales son el principal elemento desencadenante de las corrientes migratorias. Por ende, los departamentos

que atraen población tienden a tener un mayor nivel de desarrollo socioeconómico, mientras que los que tienen menor nivel de desarrollo presentan en general las tasas de emigración interna más altas. Es por ello que no sorprende que Maldonado y Canelones sean los departamentos más “atractores” de Uruguay, y en el otro extremo Artigas sea el que más expulsa.

Aunque los motivos de las migraciones son diversos, en general se reconoce que la búsqueda de oportunidades laborales ocupa un lugar privilegiado entre éstos. Es por ello que la intensidad de la migración suele ser más alta en las edades económicamente activas y en particular entre los jóvenes. La mayor propensión migratoria de los jóvenes se explica además por el hecho de que se encuentran en un período vital caracterizado por múltiples eventos (formación de pareja e inicio de la reproducción, incorporación al mercado de trabajo, ingreso a la universidad, etcétera) que están asociados a una mayor probabilidad de cambiar de residencia. Otros motivos para migrar son la posibilidad de tener servicios de salud, educación y vivienda, o dificultades de acceso al transporte o la infraestructura necesaria.

A simple vista puede llamar la atención que la capital del país expulse más migrantes internos de los que recibe, y por ello registre un crecimiento negativo de su población. Esta tendencia no es nueva, ya que los resultados del censo 1996 habían mostrado por primera vez un crecimiento negativo de Montevideo, fruto de los intercambios de población negativos con Canelones y San José. Este intercambio deficitario para la capital correspondía en gran medida al fuerte crecimiento de la emigración montevideana hacia localidades cercanas ubicadas en el área metropolitana, en particular hacia Ciudad de la Costa.

Esta tendencia se mantiene, según los resultados del censo 2011. En efecto, Ciudad de la Costa (que con sus 112 mil habitantes pasa a ser la segunda más poblada de Uruguay) continúa creciendo a un ritmo superior al promedio nacional y departamental. Pero de todos

Tabla 1. Indicadores de migración interna según departamento.
Censo 2011

Departamento	Tasa Neta de Migración Interna (2006-2011)	Tasa de Inmigración Interna (2006-2011)	Tasa de Emigración Interna (2006-2011)	Porcentaje de población que en 2006 residía en otro departamento (migración reciente)	Porcentaje de población que nació en otro departamento (migración absoluta)
Montevideo	-2,8	7,4	10,2	3,7	21,2
Artigas	-9,8	5,3	15,0	2,7	10,3
Canelones	10,5	18,0	7,5	8,8	38,6
Cerro Largo	-3,7	7,7	11,4	3,9	12,8
Colonia	1,3	9,8	8,6	4,9	14,9
Durazno	-4,5	9,7	14,1	4,9	15,0
Flores	-2,5	11,3	13,8	5,7	17,7
Florida	-2,4	10,5	13,0	5,3	17,9
Lavalleja	-3,3	9,4	12,7	4,7	16,2
Maldonado	9,1	17,2	8,1	8,4	38,9
Paysandú	-2,9	6,9	9,8	3,5	13,3
Río Negro	-1,9	11,7	13,6	5,9	17,4
Rivera	-3,2	6,9	10,1	3,5	13,3
Rocha	-1,2	10,2	11,3	5,1	16,7
Salto	-2,6	6,7	9,4	3,4	9,9
San José	5,9	14,6	8,7	7,2	25,9
Soriano	-4,9	7,6	12,5	3,8	11,2
Tacuarembó	-4,9	8,4	13,3	4,3	13,3
Treinta y Tres	-3,7	10,5	14,2	5,3	17,6

Fuente: Elaboración propia en base a censo 2011 (INE)

modos su ritmo de crecimiento ha disminuido: de una tasa de incremento anual de 2,8% que registraba en el período 1996-2004, pasó en el período 2004-2011 a una de 1,8% (la tasa de crecimiento del país es 0,2% y la de Canelones es 1%). Al oeste de Montevideo, algo similar ocurre con Ciudad del Plata: si bien registra una tasa de crecimiento superior al promedio nacional y departamental (2,2%), en el período 1996-2004 había crecido a un ritmo más alto (2,7%).

Desafíos del crecimiento costero. La principal novedad del censo 2011 en materia de distribución territorial de la población es el alto crecimiento poblacional registrado por las localidades costeras que se extienden desde la Costa de Oro hasta Maldonado-Punta del Este. Destaca particularmente el crecimiento vertiginoso de algunas localidades que podrían considerarse como “barrios” de Maldonado-Punta del Este, tales como La Capuera (tasa de crecimiento de 24,1%), Balneario Buenos Aires (15,3%), Villa Delia (13,8%), Punta Ballena (9,5%) y El Tesoro (8%). En el departamento de Canelones se destaca el crecimiento registrado por San Luis (5,9%), La Floresta (5%), Las Toscas (4,8%), Marindia (4,3%) y Parque del Plata (4%).

El crecimiento de la población en la franja costera es un fenómeno difícil de detener, y es una tendencia que se registra a nivel planetario (más de la mitad de la población mundial vive en áreas costeras). Ahora bien, es importante considerar los desafíos que presenta. Como ha señalado Juan José Calvo² el crecimiento poblacional desordenado y no planificado verificado en períodos intercensales anteriores en la Ciudad de la Costa, tuvo altos costos en materia ambiental y en la instalación de infraestructura y servicios básicos, realizada ésta después de que la población ya estaba viviendo allí. Esto debería servir de ejemplo para no cometer el mismo error en el resto de las zonas costeras que están experimentando las mayores tasas de crecimiento poblacional del país. Como se señala en una reciente publicación de la Comisión Sectorial de Población³, es necesario implementar políticas de planificación territorial que promuevan la residencia donde ya existe una importante inversión en infraestructura básica y de servicios.

La población rural. Uruguay ha sido históricamente el país latinoamericano con menor porcentaje de su población residiendo en áreas rurales. El censo 2011 ratifica la tendencia al descenso de la población rural: el porcentaje de población que vive en

áreas rurales pasó de 8,2% en 2004 a 5,3% en 2011. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que hay un gran número de zonas que en 2004 eran clasificadas como rurales y en 2011 son consideradas urbanas como consecuencia de la expansión de los límites urbanos. Al considerar este efecto se observa por ejemplo que en Maldonado la población rural creció a un ritmo incluso mayor que la población urbana. De todos modos, si bien está pendiente cuantificar con exactitud la magnitud del descenso de la población rural, es claro que a nivel nacional se ha mantenido la tendencia histórica a su disminución.

Como también ocurre con fenómenos tales como el bajo crecimiento demográfico, el envejecimiento y la baja natalidad, el declive de la población rural ha estado frecuentemente en la agenda pública como objeto de preocupación, siendo el presidente Mujica un claro vocero de ello. ¿Qué tan preocupante es el hecho de que la población uruguaya esté fuertemente urbanizada y nuestra población rural se encuentre en franco descenso?

Como acontece con otros fenómenos demográficos que afronta nuestro país, la baja proporción de población rural es una realidad mundial que en principio no representa un problema en sí mismo. Lo verdaderamente relevante es que la población tenga buenas condiciones de vida y que el lugar de residencia de las personas no condicione negativamente la capacidad de ejercicio de derechos.

Por otra parte, existe considerable evidencia empírica que muestra una correlación positiva entre urbanización y desarrollo socioeconómico. Tal como señala una publicación reciente del Fondo de Población de las Naciones Unidas: *“los países muy urbanizados tienden a tener ingresos más altos, economías más estables e instituciones más sólidas, y suelen estar en mejores condiciones para resistir la inestabilidad de la economía mundial”*⁴.

Pero si se acepta la afirmación de que es deseable mantener un cierto volumen de población rural (por ejemplo, como ha dicho

el presidente Mujica, debido a que la vida en el campo “constituye un reservorio de valores culturales”), es legítimo preguntarse sobre el costo financiero y la viabilidad de las políticas que pretendan repoblar el medio rural. De hecho, la experiencia internacional en la materia sugiere que detener la migración del campo a la ciudad mediante políticas específicas es una tarea infructuosa.

1. *La tasa de migración interna neta se calcula como un cociente entre el saldo migratorio (inmigrantes menos emigrantes) y la población media del periodo. Es una medida que permite comparar la magnitud del saldo migratorio entre poblaciones de distinto tamaño e indica el nivel de atracción (saldo migratorio positivo) o expulsión (saldo migratorio negativo) que tiene cada departamento.*
2. *Juan José Calvo (2008). “La población del Uruguay en las próximas décadas Una visión, dos escenarios y diez preguntas para debatir”. Documento de sustentabilidad demográfica. Estrategia Nacional de Infancia y Adolescencia (ENIA).*
3. *Comisión Sectorial de Población (2011). “Visión, objetivos, y lineamientos estratégicos para la implementación de políticas de población en Uruguay”. Presidencia de la República, OPP, abril de 2011.*
4. *UNFPA. Estado de la población mundial 2007. Liberar el potencial del crecimiento urbano. Nueva York. Página 35.*

Nupcialidad: hoy es más raro
casarse que juntarse



Nupcialidad:

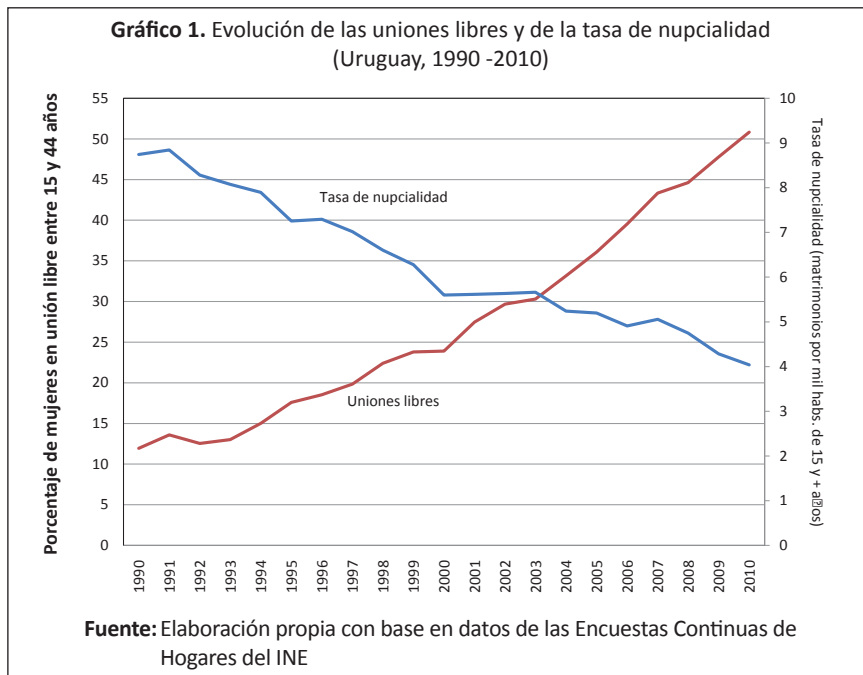
hoy es más raro casarse que juntarse

Wanda Cabella / Mariana Fernández Soto

¿Cuán extendida está la unión libre entre las nuevas generaciones? ¿Qué sectores de la sociedad optan por esta modalidad? ¿Qué lugar ocupa el matrimonio entre los jóvenes? ¿Cuántas parejas del mismo sexo se declaran en el censo?

En 1996 el sociólogo Carlos Filgueira publicó un artículo que tuvo fuertes repercusiones durante los años siguientes. “Sobre revoluciones ocultas. La familia en Uruguay” –así se titulaba el trabajo– evidenció las transformaciones que habían ocurrido en la formación de las parejas y en la organización de las familias uruguayas desde la década del 70. Hace más de quince años Filgueira destacaba entre otros rasgos del nuevo panorama familiar el aumento de las parejas que convivían juntas sin casarse (las uniones libres, consensuales o de hecho, antes llamadas concubinatos). A mediados de la década del 90 la proporción de parejas que vivían en unión libre (con relación al total de parejas constituidas) era el 12%, muy superior a la cifra de 1984 (7%). Pero el trabajo destacaba que el fenómeno era más importante entre los jóvenes: el 25% de las parejas formadas por personas de entre 15 y 29 años en 1994 estaba en unión consensual, valor que duplicaba el escaso 12% registrado en 1984.

¿Qué proporción de las parejas uruguayas vive en unión libre según el censo de población de 2011? Del total de la población que está en pareja, la unión libre es el 40% (comparable con el 12% de 1994), pero entre las personas de 15 a 29 años, el 80% de las parejas opta por convivir sin casarse.¹ La revolución silenciosa en la formación de la pareja, para emplear la metáfora de Filgueira, terminó hace ya algunos años y nos dejó un paisaje familiar bastante diferente al que podía apreciarse en los años setenta. Hoy es más raro casarse que juntarse, y no es infrecuente escuchar la pregunta “¿Y para qué (o por qué) se casan?”. El estigma que antes caía sobre quienes convivían “ilegítimamente” parece desplazarse hacia quienes todavía prefieren



el matrimonio, que comienza a ser visto como un trámite innecesario o como una institución obsoleta, y que en cualquier caso requiere una justificación (a veces es un proyecto migratorio, a veces la llegada de un hijo, otras, sólo la excusa para festejar). Como se suele decir en la jerga sociológica, las relaciones conyugales se *desinstitucionalizaron*, las parejas ya no creen necesario ampararse en un conjunto de normas externas que regulen su relación, sus roles cotidianos, el vínculo con sus hijos y sus intercambios económicos, entre otros aspectos. Las cifras registrales revelan que poco más de 10 mil parejas se casan actualmente por año. Este es el resultado de una tendencia descendente sostenida desde mediados de los años setenta, que se agudizó a inicios de los noventa. En 1990 se realizaron 20 mil matrimonios, en 2001 fueron 14 mil y en 2010 las cifras se aproximan a los 10.500.

La explicación de la retracción del número de matrimonios podría estar vinculada también a los cambios en el mercado de empleo, a

los obstáculos para acceder a la vivienda y, en general, a la dificultad para reunir el conjunto de condiciones materiales que usualmente se asocian a la formación de parejas estables, vinculadas en el imaginario social con el matrimonio. De hecho, la interpretación sociológica más extendida durante las décadas de 1990 y 2000 respecto a la caída de los casamientos estuvo ligada a factores de esta naturaleza.² En particular, la precarización del empleo y la falta de oportunidades laborales para los jóvenes ocuparon un lugar central. Sin desconocer que para algunos sectores juveniles estos aspectos pueden incidir, la generalización de la unión libre pone en evidencia que las nuevas generaciones siguen optando por vivir en pareja, pero prefieren hacerlo al margen de las reglas de la institución matrimonial. El cambio parece responder más a transformaciones en las actitudes hacia la pareja que a las restricciones económicas o las condiciones del mercado laboral. En estos últimos veinte años Uruguay ha pasado por ciclos económicos buenos, malos y espantosos. En ningún caso el número de matrimonios ha reaccionado a estos cambios y la unión libre no ha dejado de crecer.

Los jóvenes cohabitantes. ¿Quiénes son los jóvenes que optan por la unión libre? El número que arroja el censo 2011 (80% de quienes están en pareja entre los 15 y los 29 años) determina que esta pregunta sea mera retórica. En efecto, al ser un valor tan alto, las proporciones de jóvenes cohabitantes (por oposición a los casados) son elevadas y similares en Montevideo e Interior del país, son altas en todos los niveles educativos (aunque siguen siendo más importantes entre los menos educados) y en general no muestran diferencias que merezcan resaltarse. Probablemente encontremos más particularidades si nos concentramos en el análisis del reducido grupo de jóvenes que siguen optando por el matrimonio.

Si consideramos la totalidad de la población, la mayoría de las personas que viven en pareja lo hace a través del matrimonio (63%). Esto responde principalmente a la importancia numérica que tienen las generaciones en que la primacía del matrimonio era la norma. Entre los

grupos de 15 a 19 años y 20 a 24, la unión libre alcanza prácticamente al 90% de las parejas, para luego comenzar a decrecer a medida que avanza la edad; entre los 25 y los 29 años tres cuartas partes optan por la cohabitación, y sólo en el grupo de 35 a 39 la proporción de personas casadas (52%) supera a los cohabitantes; entre las personas de 45 a 49 años cerca del 70% que están en pareja son casadas. Este patrón refleja en parte la decisión de varios jóvenes de contraer matrimonio pasados algunos años de convivencia. Otra característica que vale la pena resaltar es que las parejas de cohabitantes jóvenes tienen hijos en menor proporción que los casados (también habría que poder discriminar si justamente se casan porque tienen hijos). Así, mientras 57% de las adolescentes casadas tienen al menos un hijo, este valor se reduce a 49% entre las cohabitantes, y sigue siendo entre ocho y nueve puntos menor entre las jóvenes cohabitantes de 20 a 29 años.

Más divorcios, menos hijos. El aumento de la unión libre y la caída de los matrimonios no fueron los únicos cambios que tuvo la familia uruguaya en los últimos años. Los divorcios aumentaron, la fecundidad se redujo y aumentó la cantidad de niños nacidos fuera del matrimonio, la composición de las parejas en términos de su participación en el mercado laboral se reestructuró; en consecuencia se modificó también la estructura de las familias, aumentando las personas que viven solas, los hijos que no conviven con ambos padres durante su infancia, las parejas que retrasan la llegada de los hijos, para nombrar sólo las transformaciones más visibles. Este conjunto de cambios coincide con los ocurridos en varios países industrializados desde fines de los años sesenta, definidos con el rótulo de “segunda transición demográfica”. No cabe abundar aquí en este concepto, baste señalar que los cambios ocurridos en la formación de uniones y en la familia en Uruguay son la expresión local de un proceso de cambio que tiene dimensiones globales. Este proceso de cambio ha dado lugar a un sistema familiar más complejo y diverso, y a situaciones de vulnerabilidad que el país precisa atender. No todas las familias tienen las mismas capacidades para sobrellevar las situaciones de transición

y cambio familiar que implican la mayor movilidad conyugal de las nuevas familias.

El análisis de los cambios familiares que emergieron de los datos del censo uruguayo de 1996 capturó el interés en la novedad de la porción creciente, aunque minoritaria, de jóvenes que optaban por la unión libre. El censo 2011 reveló que esta porción minoritaria se transformó en una exorbitante mayoría. Es difícil augurar cuáles serán las novedades en términos de formación de parejas en el censo de 2021 –si es que ocurre el milagro de que el próximo censo se realice dentro de diez años, cumpliendo con la convención internacional–, pero la incorporación de una pregunta sobre parejas del mismo sexo en este censo permite augurar un panorama optimista desde el punto de vista de la inclusión de instrumentos que den cabida a la captación de la diversidad familiar en la mayor herramienta estadística del país.

Otro dato que vale la pena destacar es que este censo permite por primera vez identificar a las parejas del mismo sexo. Se detectan 2.784 uniones libres con pareja del mismo sexo, que representan el 0,3% del total de las parejas. Se observa una leve diferencia en la proporción que representa a estas parejas según grupos de edad: para los más jóvenes estas parejas alcanzan 0,4% (15 a 34 años) y para las mayores 0,2% (35 a 49 años). En Montevideo las parejas del mismo sexo que cohabitan representan el 0,6%, mientras que en el Interior esta proporción es 0,1%. También es un tema a estudiar con mayor detenimiento, pero en principio cabe pensar que hay diferencias contextuales que afectan la declaración.

1. *Las cifras del total de la población refieren a las personas de 15 y más años. Debe destacarse que los datos de Filgueira provienen de la Encuesta Continua de Hogares, por lo que no son estrictamente comparables con los datos censales, en especial porque los primeros representan a la población urbana. Dado que la población rural es escasa desde hace décadas, la comparación entre censo y encuestas de hogares en la formación de uniones no presenta mayores dificultades.*
2. *Véase el artículo ya citado de Carlos Filgueira y los trabajos de Ruben Kaztman.*



Sin drama, con desafíos
Pasándole el pancito
al plato del censo



Sin drama, con desafíos

Pasándole el pancito al plato del censo

Juan José Calvo / Ignacio Pardo

Para cerrar; volvamos sobre las claves demográficas de Uruguay. ¿Qué deja el censo 2011 de relevante y qué de preocupante? ¿Qué cambios están modificando definitiva e irreversiblemente a nuestra población? ¿Qué hay que hacer, si hubiera que hacer algo, en términos de políticas?

Digeridos los análisis de las páginas anteriores, se confirma que los primeros resultados del censo 2011 no sorprendieron las previsiones de los especialistas. Como vimos, las principales tendencias demográficas del país se mantienen: bajo crecimiento poblacional, mayor envejecimiento de la estructura de edades, creciente urbanización, concentración de la población en el área metropolitana de Montevideo y en la franja costera. Así las cosas, el censo permite sacar conclusiones relevantes respecto de nuestra población y sus posibles tendencias futuras.

- I. ¿Cuántos seremos? Aun considerando hipótesis razonables de incremento de la fecundidad (aunque la tendencia es firme en sentido opuesto) y optimistas respecto a transformarnos en receptores de inmigrantes, las proyecciones “de máxima” apenas superan los 4 millones de habitantes para el año 2050. Es muy poco probable que se concrete un escenario que supere este umbral, por lo que podemos acostumbrarnos a pensar a Uruguay desde la pequeñez demográfica que siempre lo ha caracterizado. Ese es el marco general en el que se inscriben los desafíos de nuestra dinámica poblacional.

- II. Trece departamentos decrecen su población con respecto al recuento censal de 2004. Solamente en Maldonado, Canelones, San José, Colonia, Salto y Río Negro aumenta la población. La migración interna es el principal factor explicativo de las diferencias en el ritmo de crecimiento

poblacional observadas por departamento y localidad. A nivel macro, las desigualdades socioeconómicas territoriales son el principal factor desencadenante de las corrientes migratorias: la búsqueda de oportunidades laborales suele ocupar un lugar privilegiado entre los factores explicativos. Es por ello que la intensidad de la migración suele ser más alta en las edades económicamente activas, y en particular entre los jóvenes. La mayor propensión migratoria de los jóvenes se explica además por los múltiples eventos que éstos protagonizan (formación de pareja e inicio de la reproducción, incorporación al mercado de trabajo, ingreso a la universidad, etcétera), asociados a una mayor probabilidad de cambiar de residencia. Otros motivos para migrar dentro de Uruguay son el acceso a servicios de salud, educación y vivienda, así como dificultades de acceso a transporte o infraestructura.

- III. La principal novedad en materia de distribución territorial es el alto crecimiento poblacional registrado por las localidades costeras que se extienden desde la Costa de Oro hasta Maldonado-Punta del Este. Destaca particularmente el crecimiento vertiginoso de algunas localidades que podrían considerarse como “barrios” de Maldonado-Punta del Este. La Ciudad de la Costa (que con sus 112 mil habitantes pasa a ser la segunda más poblada de Uruguay) continúa creciendo a un ritmo superior al promedio nacional y departamental. Por otra parte, la población rural disminuyó de 8,2% en 2004 a 5,3% en 2011.
- IV. Nuestras parejas han *desinstitucionalizado* su vínculo. Para graficar la expresión existen datos contundentes. El 40% de las parejas constituidas no se han unido en matrimonio. Y si consideramos los jóvenes de 15 a 29 años, las uniones

libres son el vínculo elegido por el 80% de las parejas. El cambio ha sido velocísimo; los matrimonios disminuyeron de 20 mil por año en 1990 a 10.500 veinte años después. En nuestra experiencia cotidiana podemos percibirlo: hoy resulta más frecuente que alguien deba “explicar” por qué se casa (la fiesta, darle el gusto a algún familiar de generaciones anteriores) que por qué se une en concubinato. Además, el cambio familiar es profundo y difícilmente reversible. Las personas tienen una mayor cantidad de parejas a lo largo de la vida (por lo tanto disminuye la duración de cada vínculo), negociando las condiciones de la unión en un clima de mayor equidad entre sus miembros, lo que implica mayor libertad y también mayor incertidumbre. Aumentan asimismo las personas que viven solas, los hijos que no conviven con ambos padres y las parejas que retrasan la llegada de los hijos. El resultado es un sistema familiar más complejo, con diversidad de situaciones, que hace inconducente hablar de “la familia” como si la expresión tuviese un sentido unívoco.

- V. Uruguay seguirá transitando hacia una población con mayor peso de las personas de 65 años y más. En contrapartida, el peso relativo de los niños y adolescentes se irá reduciendo con el paso del tiempo: el porcentaje de personas entre 0 y 14 años en la población pasó de 28,2% en 1963 a 21,8% en 2011. Para 2040 se estima que habrá más mayores de 64 años que menores de 15. Además aumentó el peso proporcional de las personas de 85 años o más. Este sobrevejecimiento de la estructura de la población va acompañado de una creciente feminización de la vejez. Las mujeres, gracias a que viven más que los hombres, son seis de cada diez entre los mayores de 64 años, y siete de cada diez entre los mayores de 84.

- VI. Las tendencias de la fecundidad siguen generando titulares de prensa, que a veces aportan poco a la comprensión del fenómeno. ¿Qué sucede realmente? En Uruguay, donde el descenso de la fecundidad comenzó muy prematuramente para el contexto regional, la cantidad de hijos ha bajado hasta rondar los dos hijos por mujer. Es decir, un poco por debajo del llamado “nivel de reemplazo”, lo que ha colaborado con un crecimiento poblacional lento. En cualquier caso, no tiene mayor sentido asumir una mirada pronatalista y “convencer” a las mujeres de que tengan más hijos, sea para combatir el envejecimiento poblacional o revertir el ilusorio “peligro de extinción”. Más bien se trata de garantizar el derecho a que cada persona tenga la cantidad de hijos que desea, al tiempo que se logran condiciones de igualdad para el desarrollo de todos los niños nacidos, no importa en qué contexto o tipo de familia. En un país que envejecerá aún más su estructura por edades y que tiene niveles de desigualdad y pobreza infantil preocupantes, la inversión en los niños, en clave de igualación de sus oportunidades y de formación de calidad para el futuro, es uno de los pilares estratégicos más relevantes que podemos atender.
- VII. Una de las transformaciones más importantes que Uruguay puede experimentar en los próximos años es volver a ser un país receptor de inmigrantes. En los últimos años, de hecho, no ha aumentado el stock de extranjeros, pero ha comenzado a cambiar su composición. Sucede que los españoles e italianos que llegaron en la primera mitad del siglo XX comienzan a perder peso proporcional a causa de la mortalidad, y son sustituidos por inmigrantes con un nuevo perfil: en gran medida, los jóvenes que han llegado en busca de empleo desde Perú y Paraguay. Los países se suelen favorecer de los flujos inmigratorios y Uruguay podría hacerlo, generando

una sociedad más diversa, un mercado de trabajo que pueda atender la creciente y cambiante demanda de mano de obra y una cultura más dinámica y plural. Por cierto, el aumento de los flujos inmigratorios debe hacer sonar las alarmas preventivas, ante el riesgo siempre presente de comportamientos xenófobos en nuestra población.

- VIII. Es posible trazar una visión del Uruguay futuro. Un país constituido por una población de alto nivel educativo, capaz de incorporar la innovación y la calidad en todos los procesos. Una población diversa en su composición por edades, étnica y de arreglos familiares, donde la diversidad no constituya un escollo para el ejercicio de los derechos y el desarrollo, sino, por el contrario, que los favorezca. Una población que no condicione las oportunidades de las generaciones actuales y futuras por su distribución en el territorio. Una población que permita conservar los recursos naturales y el ambiente respetando la capacidad de carga de los ecosistemas. El derecho al arraigo y a vivir en las localidades de preferencia debiera poder ejercerse sin que las migraciones, dentro o fuera de fronteras, estén motivadas por la limitación del horizonte de oportunidades. Las personas no deberían padecer desigualdades en sus oportunidades y en el ejercicio de los derechos por el hecho de pertenecer a un determinado sexo, estrato social, grupo de edad, arreglo familiar, raza, lugar de residencia u orientación sexual. Pero alcanzar esta realidad requiere condiciones económicas favorables, políticas sociales adecuadas, y diseñar y acordar la implementación de políticas de población de largo plazo.